http://dx.doi.org/10.12795/Habis.1989.i20.17

ESTUDIOS SOBRE CERÁMICAS IBÉRICAS ANDALUZAS: MONTEMOLÍN (MARCHENA, SEVILLA)

Enrique García Vargas, Mercedes Mora de los Reyes y Eduardo Ferrer Albelda

I. INTRODUCCIÓN

El yacimiento de Montemolín se ubica en la ribera del río Corbones, dentro del término municipal de Marchena, en la provincia de Sevilla. Ocupa el cerro más elevado de un conjunto de tres, uno de los cuales, denominado Vico, fue objeto de un corte estratigráfico en 1985 [1]. El que nos interesa viene siendo excavado sistemáticamente desde 1980 [2].

Sus coordenadas geográficas son 5° 20' 6'' long. W y 37° 18' 15'' lat. N., y su altitud sobre el nivel del mar es de 170 m., altura dominante en la zona, lo que justifica la presencia de un vértice geodésico en la cima del cerro y da idea de la importancia estratégica del enclave.

En efecto, la situación del yacimiento es privilegiada; por una parte, domina la vega del Corbones, cuya riqueza agrícola ha sido explotada desde el período calcolítico al menos, como demuestra la presencia de núcleos y láminas de sílex, y, por otra el triángulo Osuna-Marchena-Carmona juega un

[1] Chaves, F. y Bandera, M. de la: «Excavaciones arqueológicas en el cortijo de Vico». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*. T. III, Sevilla, 1987, pp. 372-79.

[2] Chaves, F. y Bandera, M. de la: «Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín». *Papers in Iberian Archaeology Series* 193, 1984, pp. 141-186; *ibid.*, «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Montemolín». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*. T. II, Sevilla, 1987, pp. 369-75.

importante papel en la Historia Antigua de la Bética siendo escenario de acontecimientos bélicos reflejados en las fuentes [3].

El favorable emplazamiento geográfico unido a los continuos hallazgos de restos arqueológicos [4] tanto en la cima del cerro como en sus laderas y en la ribera del Corbones, justificó la elaboración de un proyecto sistemático por parte de las doctoras Chaves y de la Bandera, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, que se ha visto plasmado en las campañas de excavación de los años 1980, 1981, 1983, 1985 y 1987, y se encuentra en la actualidad lamentablemente paralizado por la Administración autónoma.

En las dos primeras campañas de excavación se practicaron una serie de cortes estratigráficos que definieron la potencia del yacimiento [5] y permitieron establecer una secuencia estratigráfica.

Se detectaron varios estratos y cinco grandes fases con subfases que parten desde el siglo IX a.C.:

— *Fase I:* corresponde al Bronce Final precolonial, definido por un repertorio de cerámica a mano bruñida y cerámica decorada con la técnica de boquique [6].

— *Fase II:* conocería los primeros contactos con elementos orientales en el siglo VIII a.C. y se enmarcaría en el tránsito del Bronce Final al orientalizante Antiguo.

— *Fase III:* correspondiente al Orientalizante Pleno, ocupa los siglos VII-VI a.C. Aparecen cerámicas de importación oriental (barniz rojo), grandes vasos con decoración pintada figurativa [7] y se mantiene la cerámica indígena, entre la que predominan los cuencos carenados con tratamiento y decoración bruñidos.

— *Fase IV:* de transición al mundo ibérico (segunda mitad s. VI-primera mitad del s. V a.C.) las formas cerámicas orientalizantes evolucionan hacia los tipos ibéricos.

[3] Apiano, *Iber.* 25, 27.

[4] Chaves, F. y Bandera, M. L. de la: «Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *AEA* 55, 1982, pp. 137-47; Chaves, F. y Marín, M. C.: «Bustos de Atenea-Minerva en la Bética». Actas del II CAEC. Antequera, 1984. Málaga, 1987, pp. 305-20; Collantes, E.: «Muestras de divisores cartagineses hallados en Montemolín (Sevilla)». *Acta Numismática* X, 1980, pp. 29-39; Villaronga, E.: «Hallazgo de cuatro dracmas de Arse con cabeza de Palas en Montemolín». *Saguntum* 16, 1981, pp. 247 ss.; Chaves, F.: «Puntualizaciones sobre el desarrollo de la II Guerra Púnica en el sur de la P. Ibérica a través de los hallazgos monetales». Latomus (en prensa).

[5] Aproximadamente unos cuatro metros hasta llegar a tierra virgen, aunque en algunas zonas debió ser mayor, ya que se han perdido los niveles superficiales debido a la erosión natural y a los intensos trabajos agrícolas.

[6] Chaves, F. y Bandera, M. L. de la: «La cerámica de 'boquique' aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)». Habis 12, 1981, pp. 375-82.

[7] Chaves, F. y Bandera, M. L. de la: «Figürlich verziete Keramik aus dem Guadalquivir-Gebiet. Die Funde von Montemolín (bei Marchena, prov. Sevilla)». *MM* 27, 1986, pp. 117-50; *ibid.*, «Problemática de las cerámicas pintadas orientalizantes andaluzas en su contexto». *V Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas,* 1989. Colonia (en prensa).

— *Fase V:* plenamente ibérico desde el siglo V al III a.C., en que acaba la vida de yacimiento.

En las restantes campañas se acometió la excavación en horizontal del asentamiento en un momento orientalizante, intentando establecer su desarrollo y determinar de qué manera los aportes orientales influyen en la evolución de la planimetría. Este objetivo se ha cumplido parcialmente en las dos últimas campañas, que han documentado la existencia de, al menos, cuatro plantas de grandes edificios [8].

2. El momento ibérico en Montemolín

El empleo del término «Ibérico» a lo largo de la presente exposición no implica la consideración de este fenómeno cultural como un todo homogéneo que abarque el Sur y el Levante de la Península Ibérica. Al contrario, pretendemos situar cronológicamente este momento, posterior a la fase tartésico-orientalizante y anterior a la conquista romana sin entrar, por el momento, en discusiones de tipo étnico-cultural. Por ello, el empleo de términos como «turdetano» o «íbero-turdetano» nos parece igualmente aceptable. A pesar de que el empleo del término «ibérico» supone una generalización que simplifica un mosaico cultural complejo, somos conscientes de que el comportamiento de las poblaciones del Bajo Guadalquivir es diferente al de aquellas del Levante y Sureste peninsular [9].

En la zona excavada hasta 1983 la presencia de niveles ibéricos no se constató con claridad pues sólo apareció material cerámico en superficie. Sin embargo, en la campaña de 1983, y, sobre todo, en las de 1985 y 1987, se documentó la existencia de estratos de época ibérica en la zona E del yacimiento [10].

El sector oriental de lo excavado plantea una problemática derivada de la existencia de, al menos, dos zonas con comportamientos diferentes. Una, al norte, con los únicos restos conservados de edificaciones de este momento; y otra, al sur, correspondiente al saqueo en la fase V de las antiguas estructuras orientalizantes.

La primera de estas áreas puede considerarse zona de hábitat, como parece indicar la presencia de dos muros de mampostería y factura poco cui-

[8] Chaves, F. y Bandera, M. L. de la: «Aspecto sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *II Congresso Internacionale di Studi fenici e punici.* Roma, 1987 (en prensa).

[9] Escacena Carrasco, J. L.: «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir». *Actas de las primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico.* Jaén, 1985, pp. 273-97.

[10] La ausencia de niveles de ocupación ibéricos en el resto del área excavada no implica necesariamente su inexistencia, ya que al encontrarse en la parte más elevada del cerro, ha sufrido directamente las consecuencias de la erosión natural. Se tiene constancia del desmonte y desalojo en los últimos años de gran números de sillares, probablemente pertenecientes a estructuras de este período.

dada, así como de una zanja consecuencia del saqueo de un muro anterior al conservado que consistió en el desmonte del paramento y posterior relleno.

La segunda zona presenta unas características muy diferentes de la anterior. No se trata de un área de habitación ya que no aparecen restos constructivos. Por el contrario, la estratigrafía muestra que los edificios de la fase III de Montemolín sufrieron un intenso saqueo en época ibérica, este expolio no se produce con igual intensidad en todo el sector, siendo más patente en aquella zona donde los muros presentan grandes sillares.

Es interesante señalar la existencia de un relleno amarillento-verdoso que se utilizó para cubrir uno de los edificios de la fase III ya en ruinas, y nivelar el terreno. El asqueo posterior corta este relleno y profundiza hasta 1,90 m. desde superficie, cubriéndose con un paquete de arcillas pardas y sueltas que contiene abundante material cerámico en época ibérica.

La excavación de ambos sectores ha aportado un número considerable de fragmentos cerámicos, correspondientes a la fase IV y V de Montemolín, cuya clasificación y encuadre tipológico es el objeto de este trabajo.

La metodología utilizada en el presente estudio contempla, por una parte la ordenación puramente tipológica del material, y, por otra, su relación con las estructuras y los estratos en los que se incluyen, intentando de esta manera establecer el comportamiento del yacimiento en la fase V y los límites cronológicos de ésta.

3. Tipología

Forma I: Platos (Fig. 1)

Dentro de la forma I agrupamos una serie de recipientes abiertos tradicionalmente denominados platos. Se caracterizan por presentar un borde exvasado muy desarrollado y de una gran variedad tipológica. Las paredes de estos vasos pueden llevar una carena en su parte inferior o superior.

Realizados con pastas depuradas de color crema, anaranjado o rojo, aparecen comúnmente decorados con un barniz rojo brillante que ocupa el borde y la pared exterior hasta la carena.

La forma ha sido recogida en las distintas tipologías realizadas hasta la fecha (Cerro Macareno [11], Itálica [12], Cabezo de San Pedro [13], etc...) que han atribuido un origen fenicio al tipo, sin descartar por ello la pervivencia

[11] Pellicer Catalán, M., Escacena, J. L. y Bendala Galán, M.: «El Cerro Macareno». *EAE* 124, 1983.
[12] Luzón Nogue, J. M.: «Excavaciones en Itálica: estratigrafía en el Pajar de Artillo». *EAE* 78, 1973.
[13] Belén de Amós, M., Fernández Miranda, M. y Garrido Roig, J. P.: «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los cabezos de San Pedro y La Esperanza». *HA* 3, 1977.

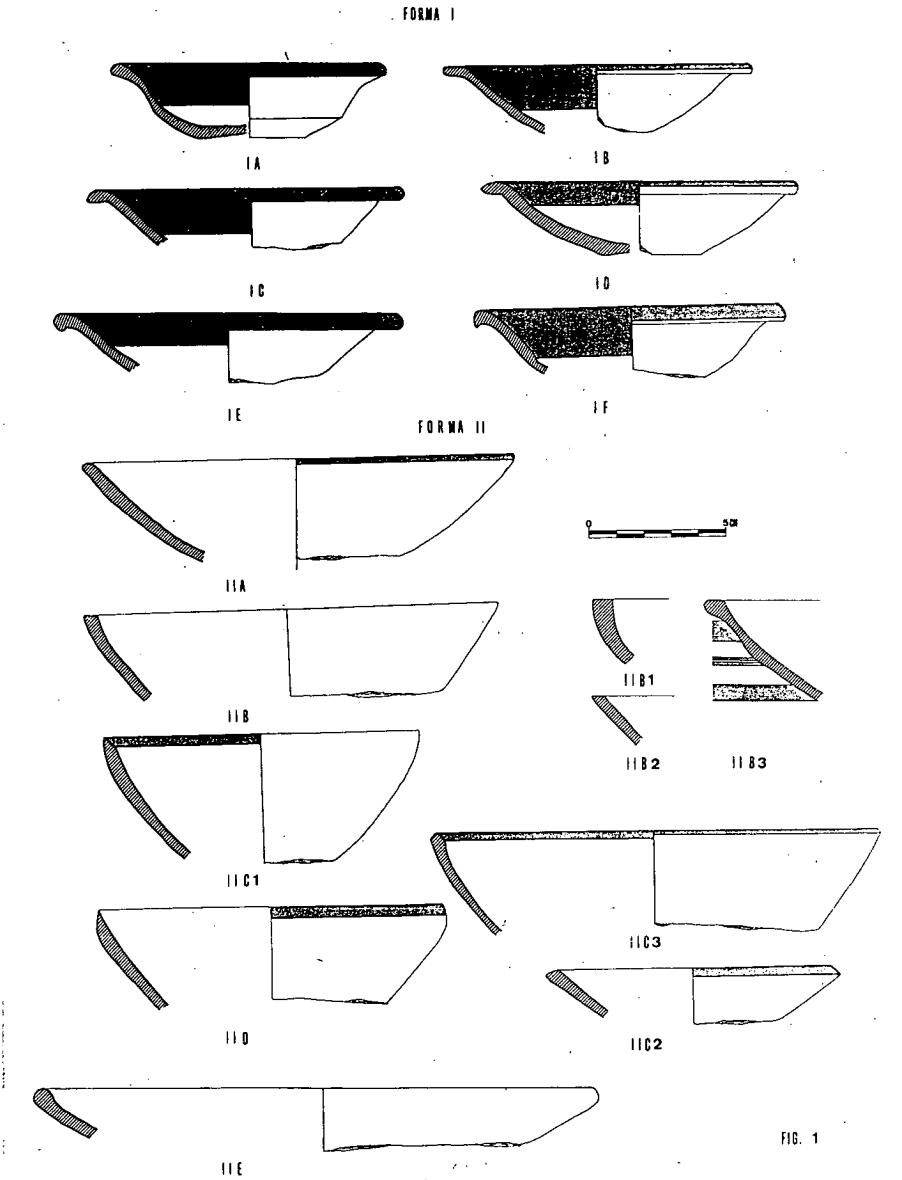

FORMA I
IA
IB
IC
ID
IE
IF
FORMA II
0
5CM
IIA
IIB
IIB1
IIB2
IIB3
IIC1
IIC3
IID
IIC2
IIE
FIG. 1

FIG. 1

de formas similares del repertorio cerámico indígena [14] o la influencia de modelos griegos [15].

La funcionalidad de estos recipientes no ha sido establecida con claridad, puesto que aparecen tanto en zona de hábitat, formando parte de la vajilla de uso doméstico, como de necrópolis [16].

— *Subtipo IA (Fig. 1: IA):* caracterizado por la fuerte ruptura de la pared del vaso que da lugar a una carena muy marcada en la línea media del cuerpo. Son platos con bordes de labios rectos ligeramente elevados y redondeados, y los diámetros se sitúan en torno a los 10 cms.
El subtipo ha recibido denominaciones como íbero-tartésico [17] y plato fenicio o íbero-púnico [18].

— *Subtipo IB (Fig. 1: IB):* son platos de paredes curvas y cuerpo en forma de casquete esférico. A veces presentan un ligero rehundimiento en el interior. Los bordes son redondeados y ofrecen un labio recto. Los diámetros de estos recipientes oscilan entre los 10 y 20 cms.

— *Subtipo IC (Fig. 1: IC):* forma caracterizada por la ausencia de rupturas en la curva que forman sus paredes. El borde presenta un labio algo caído. Dentro de este subtipo incluimos una variante escasa en Andalucía que lleva un baquetón en la parte superior del cuerpo y labio recto.

— *Subtipo ID (Fig. 1: ID):* este tipo presenta un ligero rehundimiento en la pared interna, a veces situado en la parte inferior del cuerpo, siendo entonces más marcada. El borde lleva un labio bien desarrollado, que puede ser apuntado o redondeado.

— *Subtipo IE (Fig. 1: IE):* plato de paredes muy sinuosas que a veces presenta un ligero rehundimiento en su cara interna. El borde se engrosa al exterior con distinto grado de redondeamiento y en algún caso adquiere forma almendrada.

— *Subtipo IF (Fig. 1: IF):* se trata de un plato de paredes rectas con una ligera carena en la pared externa aunque puede llevarla también en el interior. Los bordes suelen ser redondeados y de labio apuntado o cortados en bisel. Los diámetros se sitúan entre 9 y 12 cms.
El subtipo tiene su origen en formas de época tartésica y viene siendo considerado como propiamente turdetano [19].

[14] Escacena Carrasco, J. L.: *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro.* Sevilla, 1987 (microfilm), p. 121.

[15] Luzón Nogué, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, p. 41, forma V.

[16] Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, pp. 222-3.

[17] Cuadrado, E.: «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico». *VSIPP.* Barcelona, 1969, p. 267.

[18] Pellicer Catalán, M.: «Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)». Phönizier im Western: *MB* 8, 1982, p. 400.

[19] Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, pp. 288-9.

Forma II: Cuencos (Fig. 1)

Con este nombre designamos una de las formas más abundantes y representativas no sólo de Montemolín, sino de todo el Valle del Guadalquivir, Andalucía Oriental y Levante, aunque en estos últimos lugares los cuencos presentan algunas diferencias morfológicas —especialmente en los fondos— y decorativas.

Su forma es bien simple: un casquete semiesférico, normalmente abierto —aunque a veces adquiere un perfil ultrahemiesférico— con paredes curvas, a menudo casi rectas y bordes escasamente diferenciados del resto de la pared.

El tamaño de los vasos suele ser uniforme, al igual que el resto de sus características. Los diámetros oscilan entre los 10 y 20 cms. Las pastas presentan tonalidades que van del crema al rojo, siendo poco depuradas. Las superficies están poco cuidadas, sin tratamiento, aunque es común la aplicación de un engobe pajizo que se distribuye por todo el exterior del recipiente.

La decoración puede o no existir, si bien es frecuente y con características propias según los diferentes subtipos.

Es difícil establecer un origen concreto para el tipo ya que se trata de una forma sumamente simple, casi elemental [20]. En Montemolín aparece en todo momento evolucionando desde niveles orientalizantes hasta los ibéricos.

El análisis detenido de los vasos no ha permitido establecer evolución de formas o decoraciones aunque podemos vislumbrar algunas pautas cronológicas por comparación con otros yacimientos y seguir así el comportamiento estratigráfico de los subtipos:

— *Subtipo II A (Fig. 1: IIA):* se trata de un cuenco de borde redondeado indiferenciado del resto de la pared. Es el subtipo más simple y abundante en el yacimiento. La decoración es siempre monócroma y de temática reiterativa: líneas y bandas paralelas o aisladas. El motivo más frecuente consiste en una banda, siempre de color rojo vinoso, junto al borde, tanto en el interior como en exterior del vaso, o en ambos a la vez. En raras ocasiones la decoración es bícroma en rojo y negro, alternando bandas y líneas.

— *Subtipo II B (Fig. 1: IIB):* cuenco de borde plano de tendencia horizontal. Este tipo está bien representado en Montemolín y se caracteriza por presentar un borde horizontal engrosado (II B1 [fig. 1: IIB1]) o indiferenciado (II B2 [fig. 1: IIB2]). En cuanto al cuerpo, las paredes de los recipientes pueden ser de tendencia curva, recta o, en escasas ocasiones, mostrar un estrechamiento seguido de un abultamiento que le confiere un aspecto sinuoso en el exterior (II B3 [fig. 1: IIB3]). La forma II de Montemolín se constituye en un elemento cronológico de gran importancia, ya que su dispersión geográfica se limita al Bajo

[20] *Ibid.*, p. 140.

Guadalquivir y Huelva y su desarrollo temporal es corto, en torno al siglo III a.C., lo que le confiere un papel definidor en los estratos en los que se halla presente el tipo.

— *Subtipo II C (Fig. 1: IIC):* estos recipientes de acentuada concavidad tienen el labio horizontal cortado a bisel en el interior (II C1), en el exterior (II C2) [21] y doble bisel acabado en punta (II C3). Es un vaso muy característico de Montemolín, abundante en los niveles ibéricos y poco frecuente en los estratos de transición desde el orientalizante. La decoración, cuando existe, se limita al borde, tanto interior como exterior y es siempre de color rojo vinoso.

— *Subtipo II D (Fig. 1: IID):* la pared exterior del cuenco se abomba al acercarse al borde, dando lugar a una forma convexa acabada en punta. La pared interna es recta. La decoración se limita generalmente al borde tanto al interior como al exterior del vaso, en una banda roja vinosa.

J. L. Escacena [22] señala la posibilidad de fecharla en el siglo V a.C., según el Cerro Macareno, con una perduración que nunca iría más allá del siglo IV a.C. Sin embargo, esta forma aparece en Montemolín en los niveles superficiales con una cronología del siglo III a.C.

— *Subtipo II E: (Fig. 1: IIE):* son cuencos de borde engrosado en el interior. Es una de las formas más corrientes en Montemolín. El tipo evoluciona desde los niveles orientalizantes donde aparecen ejemplares lisos, decorados y de pasta gris.

Forma III: Lucernas (Fig. 2)

Entre los tipos cerámicos que hemos establecido para la fase V de Montemolín, destaca esta forma III, tanto por el elevado número de fragmentos a ella asignables como por lo característico de su perfil. Se trata de un cuenco de reducido diámetro, entre 4 y 10 cms., en forma de casquete esférico, con borde indiferenciado o ligeramente engrosado en el interior y entrante. Confeccionados con pasta bien depurada cuyo color oscila, según los casos, entre el crema y el anaranjado, carece por lo general de decoración. Cuando ésta aparece se limita a una estrecha línea de pintura aplicada en el interior del borde. En cuanto a la base, ésta es, en los fragmentos que la conservan, siempre plana, como parece característico de los testimonios procedentes del Bajo Guadalquivir, frente a la presencia de pie anular aplicado o peana en algunas producciones de Andalucía Oriental [23].

[21] El subtipo parece ser una evolución de los platos de cerámica gris, como podría indicar la tumba XV de la necrópolis de Los Patos, en Cástulo. Blázquez, J. M., «Cástulo I», *AAH* 8, Madrid, 1975.

[22] Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 182.

[23] Sotomayor, M., Sola, A. y Choclan, C.: *Los más antiguos vestigios de la Granada iberorromana y árabe*. Granada, 1984, fig. 23: 57-62.

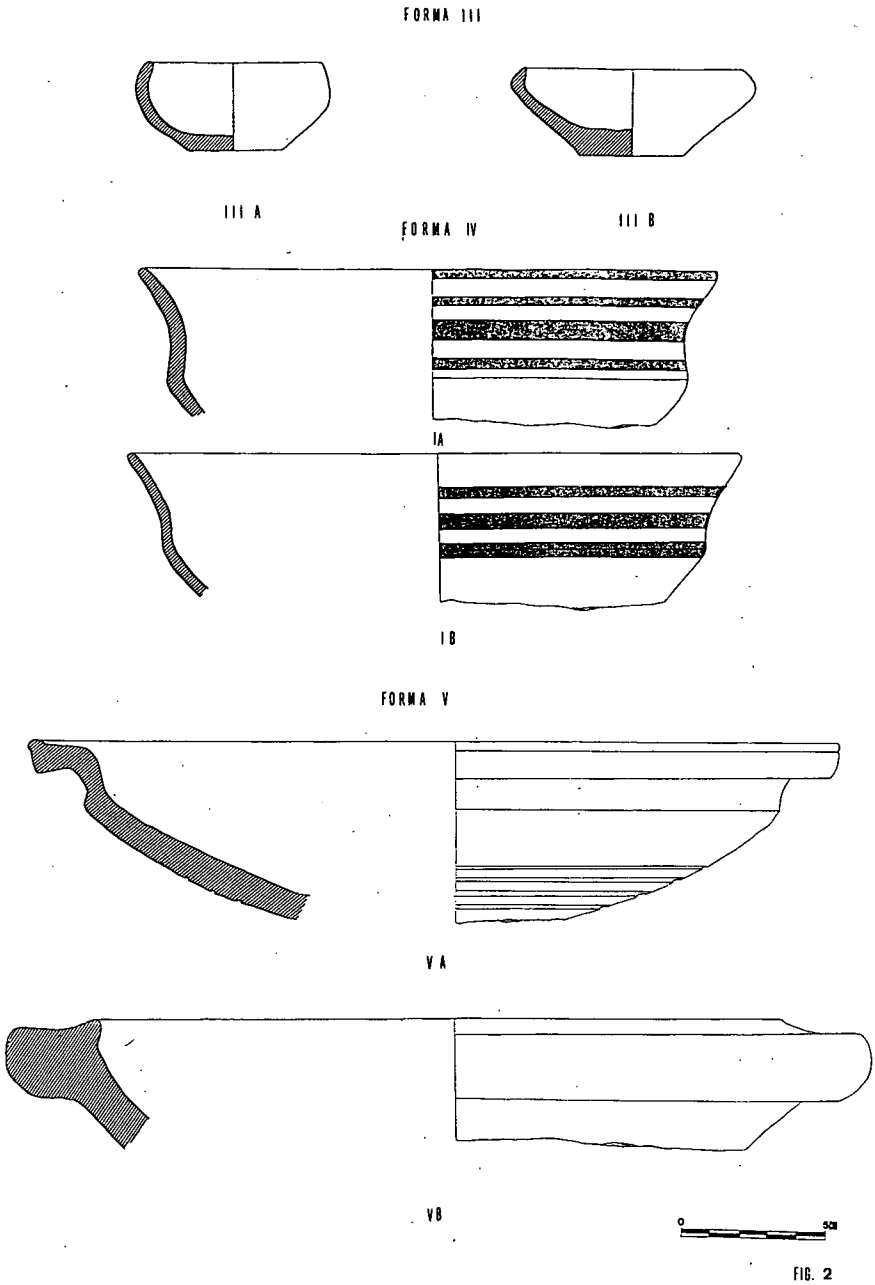


FIG. 2

Su uso como lucerna mediante la aplicación de una mecha ha sido generalmente admitido [24]. No obstante, la existencia de ejemplares con decoración pintada en el interior parece ser una prueba en contra de tal funcionalidad, al menos por lo que respecta a los recipientes decorados [25], muy escasos por otra parte.

La ausencia en yacimientos ibéricos de lucernas de pico, características del repertorio cerámico púnico, bien puede justificarse por la generalización en todos ellos de esta forma [26], entroncada con las tradiciones alfareras locales, que conocen tipos similares fabricados a mano desde el Bronce [27].

López Palomo [28] diferencia treinta y nueve variantes. No obstante esta diversidad, es posible agrupar todos los ejemplares hasta hoy conocidos en dos subtipos atendiendo al hecho de que lleven carena (III B) o no (III A).

En el panorama andaluz puede señalarse un ámbito cronológico diferente, aunque coincidente en parte para cada variante. Así, la forma III A tiene un desarrollo más amplio en el tiempo, pues ha sido detectado desde los siglos VI-V a.C. en Macareno y Setefilla, al siglo I a.C. en Itálica [29], mientras que el subtipo III B presenta una cronología más ajustada en torno a los siglos III-I a.C., momento en que ambas formas serían sustituidas por la lucerna romana cerrada [30].

Para el origen del tipo se han propuesto ejemplares griegos de barniz negro similares, conocidos en la península desde el siglo V a.C. [31]. El hallazgo de piezas con cronología anteriores a ésta en el Cerro Macareno, parece indicar una procedencia distinta, quizás rastreable en los pequeños cuencos semiesféricos a mano pertenecientes a la vajilla indígena y detectables desde el Bronce Antiguo al Bronce Final que, como consecuencia del impacto colonizador y la introducción del torno, pasarían a fabricarse a rueda ya desde el siglo VI a.C. Ello no contradice la influencia de los vasos griegos de barniz negro, sobre todo en lo que respecta a los ejemplares con pie anular, que vendría a sumarse al sustrato local en momentos posteriores [32].

[24] Luzón Nogué, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, p. 37; Fernández Gómez, F., Chasco Vila, R. y Oliva, D.: «Excavaciones en el 'Cerro Macareno' (Cortes E-F-G. Campaña 1974)». *NAH* 7, 1979, p. 50; Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 336.

[25] *Ibid.*, pág. 336.

[26] *Ibid.*, p. 357.

[27] *Ibidem.*

[28] López Palomo atribuye este hecho más al acelerado proceso de producción que a la intencionalidad del artesano. Junto a ello, sería necesario considerar la misma estructura general de la producción, dispersa en un buen número de talleres, a la hora de justificar las numerosas variantes de las formas andaluzas y levantinas. López Palomo, L. A.: «Alhonoz, excavaciones de 1973 a 1978». *NAH* 11, 1981, p. 50.

[29] Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, pp. 337-41.

[30] *Ibid.*, pp. 341-57.

[31] Luzón Nogué, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 38-9 y Fernández Gómez, F. y otros: *Op. cit.*, n. 24, p. 30.

[32] Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 357.

Forma IV. Urnas (Fig. 2)

Dentro de la forma IV incluimos un tipo de recipiente abierto que suele tener un perfil quebrado, a veces extremadamente acentuado, debido a una pronunciada carena en la parte central del cuerpo. No hay diferencia entre la pared del vaso y el borde. Una variante del tipo suaviza la carena adquiriendo un perfil sinuoso.

Las pastas son de color anaranjado y textura compacta. La decoración a base de bandas rojizas cubre el borde y la pared externa del recipiente hasta la carena o bien toda la superficie exterior del vaso. Los diámetros oscilan entre 13 y 20 cms.

Estos recipientes «tulipiformes» o «krateriformes» con origen en el mundo fenicio, se introducirían a través de las factorías costeras hacia el interior, donde aparecen en momentos tan antiguos como el siglo VII a.C. [33]. Están presentes en poblados en Andalucía Occidental y en necrópolis en Andalucía Oriental. Asimismo, los encontramos en la costa levantina y catalana [34], con una cronología que oscila entre los siglos V y IV a.C., aunque con decoración diferente quizá debido a la influencia de modelos similares de origen griego.

A pesar de ello, no debemos olvidar que recipientes carenados tulipiformes fabricados a mano se conocen en el Sur y Levante peninsular desde épocas prehistóricas, lo que explicaría su aceptación y difusión en el período ibérico.

Forma V. Lebrillos (Fig. 2)

La forma V agrupa una serie de recipientes denominados tradicionalmente lebrillos o morteros. Son vasos muy desarrollados de paredes gruesas y bordes con tendencia horizontal.

Esta forma de la que se desconoce su función tiene un origen incierto, aunque en algunas ocasiones se ha relacionado con prototipos griegos y helenísticos [35].

Su producción se generaliza en los siglos VI y V a.C. perdurando hasta época romana.

En Montemolín, los lebrillos presentan pastas de color anaranjado, textura compacta y carecen de decoración por lo general. Los diámetros oscilan entre los 24 y 30 cms.

[33] *Ibid.*, p. 297.

[34] Los saladares (Arteaga, O. y Serna, M. R.: «Los Saladares 71», *NAH* 71, 1975, fig. 2, XLIII-309, 2 XL 4-5, 313-16) o Tossal del Moro (Sanmarti, E. y Padro, J.: «Iberización de las comarcas meridionales de Cataluña»: *Simposi Internacional: els Origens del Mon Iberic.* Barcelona-Empuries, 1977, pp. 141 y 173, fig. 24).

[35] Luzón Nogué, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 44-5; Ruiz Mata, D.: «La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca». *Íberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico.* Jaén, 1985, pp. 309-11.

Hemos distinguido dos variantes VA y VB cuya diferencia reside en la forma del borde.

El subtipo VA lleva un borde de tendencia rectangular con una protuberancia en la parte superior del labio.

Dentro de este grupo se incluye el único ejemplar decorado. Se trata de un recipiente con acanaladuras en la parte inferior del cuerpo.

El subtipo VB muestra un borde de mayores proporciones y tendencias redondeadas, con una hendidura amplia en la parte superior y un apéndice interior.

Forma VI. Vasos de cuello estrangulado (Fig. 3)

Reúne esta forma una serie de recipientes abiertos de labios muy pronunciados que, por regla general, tiende a exvasarse. Presentan cuello estrangulado que se une a la pared del vaso, a veces de forma brusca, debido a la existencia de una carena o de una simple ondulación.

Existe un comportamiento diferente de una zona a otra e incluso de un yacimiento a otro [37].

De origen oriental, su presencia en los yacimientos costeros y en el interior hace pensar en la difusión de aquéllos a éstos a través de los valles fluviales.

Se trata de una forma de larga perduración que alcanza su máxima producción en los siglos III, II a.C. [38].

En el yacimiento de Montemolín distinguimos los siguientes subtipos:

— *Subtipo VI A:* variante caracterizada por su borde exvasado y biselado. En ocasiones aparece una carena en la parte inferior del cuerpo. Carece de decoración y su diámetro oscila entre 36 y 48 cms (Fig. 3: VI A).

— *Subtipo VI B:* de perfil en S o con marcada carena a medio cuerpo. El borde es exvasado y muy pronunciado, terminando en forma apuntada aunque a veces se redondea en el labio. No lleva decoración y su diámetro se sitúa entre los 22 y 33 cms. (Fig. 3: VI B).

— *Subtipo VI C:* se trata de recipientes en S con carena fuertemente marcada a mitad del cuerpo, presentando una gran variedad de bordes que van desde los vueltos a los de sección rectangular, pasando por los que llevan un rehundimiento central en la parte superior del labio.
El diámetro va de 27 a 50 cms. y su cronología ocupa desde el siglo VII al I a.C. [39] (Fig. 3: VI C).

36 *Ibid.*, p. 310.

37 Cuadrado, E.: «Tipología de la cerámica ibérica fina de 'El Cigarralejo'. Mula (Murcia)». *TP* 29, 1972, p. 128; Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 68 ss.; López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, n. 28, pp. 69-71; Pellicer, M. y otros: *Op. cit.*, n. 11, p. 397.

38 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 311.

39 Los siglos VII-VI en Cástulo (Blázquez, J. M. y Valiente, J.: Cástulo III, *EAE* 117, 1981. Fig. 34-2081. Siglo IV en Huelva (Belén, M. y otros: *Op. cit.*, n. 13, fig. 40-III) y los siglos II-I a.C. en Itálica (Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12. Forma VII 2.XI, fig. 26-10).

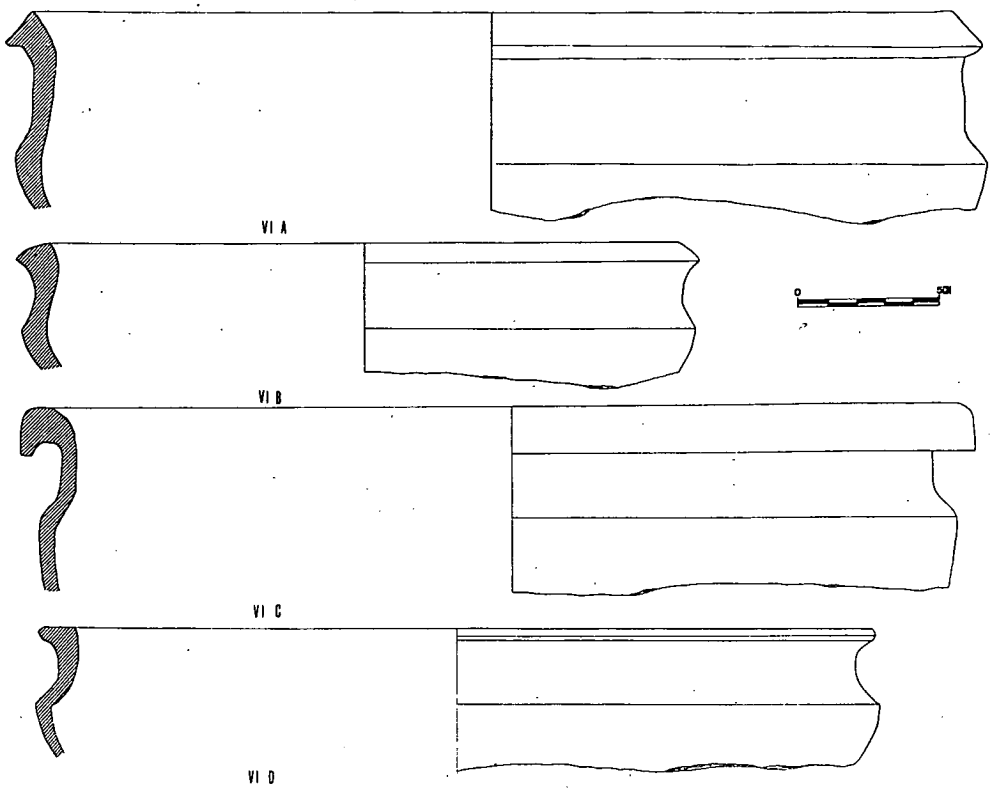


FIG. 3

— *Subtipo VI D:* la variante VI D se caracteriza por un borde horizontal con labio rectangular cortado a bisel o redondeado. El diámetro oscila entre 22 y 30 cms. (Fig. 3: VI D).

— *Subtipo VI E:* este subtipo presenta un borde de tendencia rectangular o trilobulado debido a un rehundimiento en la parte superior y, a veces central, del labio. Los diámetros van desde los 15 a 17 cms. (Fig. 4: VI E).

Forma VII. Vasos de cuello acampanado (Fig. 4)

Los vasos pertenecientes a este tipo se caracterizan por su cuello acampanado de mayor altura que el cuerpo, su boca ancha y su borde indiferenciado en la mayor parte de los casos. En cuanto a las formas del cuerpo, éste suele ser abombado, si bien se constata la tendencia a siluetas troncocónicas en los ejemplares de época ibérica [40].

El alto grado de fragmentación que presentan los ejemplares de Montemolín impide conocer su perfil completo. Ello ha hecho imposible diferen-

[40] Belén, M. y Pereira, J.: «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía». *HA* VII, 1975, p. 316.

ciar la forma conocida como vaso «à chardon» [41] de su variante tardía que reduce considerablemente la altura del cuello, siempre inferior a la del cuerpo [42].

Los ejemplares asignables a la forma VII de Montemolín presentan pastas depuradas cuya coloración oscila entre el anaranjado y el rojo intenso. La decoración, cuando aparece se aplica al borde en líneas y bandas rojas en ocasiones delimitadas por líneas de color negro.

El origen del tipo puede rastrearse en Oriente, en momentos antiguos como parecen indicar los ejemplares de Lalakh y Ugarit [43]. En Occidente se documenta su precedencia por primera vez en la fase Tanit I del santuario de Cartago [44], datada en el siglo V a.C.

Probablemente haya que pensar en un origen magrebí para los ejemplares peninsulares, ya que la forma no aparece en las factorías fenicias de la costa y sí en yacimientos del interior en fechas algo posteriores [45]. En efec-

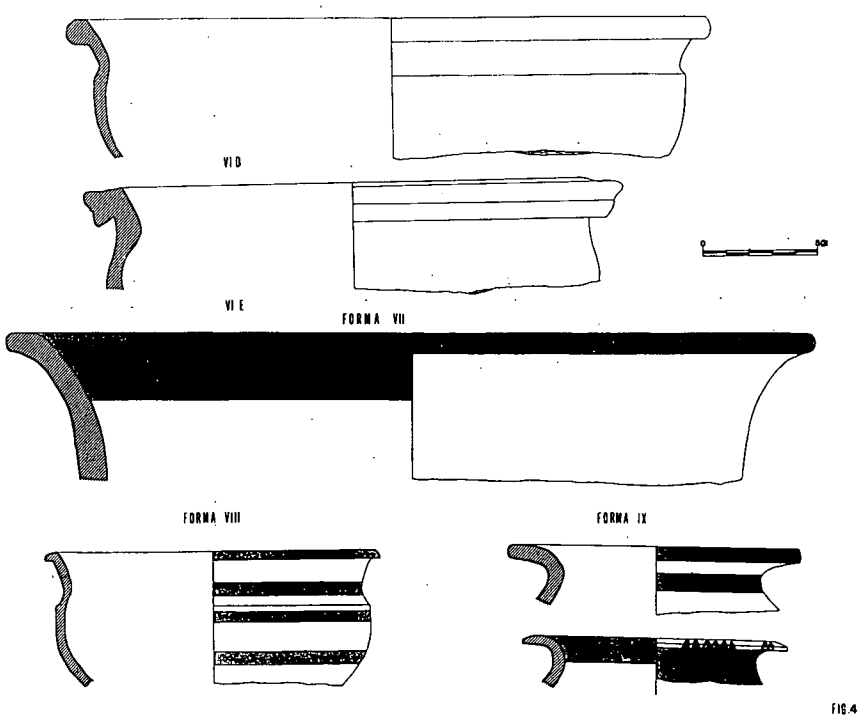


FIG. 4

41 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 434.
42 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 35-6. Forma 1.
43 Belén, M. y Pereira, J.: *Op. cit.*, n. 40, p. 315.
44 Cintas, P.: *Manuel d'Archéologie punique I.* Paris, 1970, pp. 130 ss.
45 Escacena, J. L., n. 14, p. 437.

to, el ejemplar más antiguo hallado en Setefilla, no va más allá del siglo VII a.C. [46]. Una variante muy evolucionada se producirá en Itálica en fechas tardías como el siglo I a.C. [47].

Forma VIII. Vasos tulipiformes (Fig. 4)

Su reducido tamaño y el aspecto tulipiforme de su cuerpo lo asemeja al tipo chardon del cual procede [48].

Esta forma ha recibido diversas denominaciones atendiendo a su posible funcionalidad. J. M. Luzón [49] la llama «copa» asignándole el tipo 3 de Pajar de Artillo y señalando su uso como recipiente para beber; en la misma línea F. Fernández [50] considera «vaso para beber» a los ejemplares de su forma A7 del Cerro Macareno; L. López Palomo [51] califica como «pequeña olla» la forma 1B y 1C en que divide el tipo, y E. Cuadrado [52] le asigna el tipo 22 del Cigarralejo denominándolo «vaso» o «copa tulipiforme». Por último J. L. Escacena [53] lo considera también como vaso para bebida, diferenciando dos subtipos (VII A y VII B), con perfil carenado y perfil en S respectivamente.

Los ejemplares de Montemolín presentan pastas depuradas con una gama de colores que va del crema al anaranjado. No se conserva ninguno completo, pero los fragmentos que poseemos de los que algunos han conservado la carena, permiten su asignación a esta forma, por su boca acampanada y su reducido diámetro (5 cms.). Los ejemplares con decoración la llevan aplicada en bandas y líneas rojas tanto al exterior como al interior.

J. M. Luzón [54] propuso la introducción del tipo en la Península Ibérica a partir de los vasos de orfebrería helenística de origen aqueménida basándose en las conclusiones de K. Raddatz [55] que fechaba la aparición del tipo en Occidente hacia el 170 a.C. Hoy sabemos que estos ejemplares de plata son posteriores a los cerámicos. Por ello, debemos entroncar la forma con la tradición alfarera fenicia y el sustrato indígena que la conoce desde el Bronce [56].

El tipo hace su aparición no antes del s. V a.C. Una serie de recipientes de aspecto similar pero fabricados a mano cumple su función antes de la generalización del torno que se produce en este momento [57]. No es hasta el si-

46 Aubet, M. E.: «La cerámica púnica de Setefilla». *Studia Archaeológica* 42, 1976, figs. 4 y 16.
47 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 35-6.
48 López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, n. 28, p. 57.
49 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, p. 39.
50 Fernández Gómez, F. y otros: *Op. cit.*, n. 24, p. 44.
51 López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, n. 28, p. 57.
52 Cuadrado, E.: «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico». V SIPP., Barcelona, 1969, p. 269.
53 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 363.
54 Luzón, J. M., *op. cit.*, n. 12, pp. 39 y 40.
55 Raddatz, K.: *Die Schatzfunde der Iberische Halbindes. MF* 5, Berlín, 1969, p. 80.
56 Escacena, J. L.: *Op, cit.*, n. 14, p. 381.
57 *Idem.*

glo III a.C. cuando alcanza su máxima difusión (ésta es la fecha de los ejemplares de Alhonoz [58]). El fin de la producción debe situarse en torno al cambio de Era como demuestran los vasos procedentes de Cástulo [59].

Forma IX. Ollas (Fig. 4)

Este tipo agrupa a todos aquellos recipientes que presentan bordes de sección triangular, exvasado o recto, así como cuello corto y poco diferenciado. En cuanto a la forma del cuerpo, el grado de fragmentación que han sufrido los vasos procedentes de nuestro yacimiento impide en casi todos los casos su determinación. Por ello, la forma IX de Montemolín reúne en sí tanto las vasijas de cuerpo globular, generalmente denominadas «ollas» [60], como aquellas que alcanzan su diámetro máximo cerca de la base o tienden a siluetas bitroncocónicas, sin que sea posible determinar el perfil original [61].

Debemos contentarnos, pues, con documentar la presencia en Montemolín de un abundante número de recipientes de forma cerrada con cuello corto y borde de sección triangular. El diámetro de la boca oscila entre 8 y 15 cms. La máxima anchura se alcanzaría en la panza o en la base.

Se trata de vasijas de pasta depurada cuyo color varía del crema al rojo.

La decoración es monótona y se reduce en la mayoría de los casos a bandas y líneas de color rojo. No faltan sin embargo vasos con engobe rojo en la superficie exterior que en el interior se reduce a las proximidades del borde. Sólo un ejemplar presenta trazos verticales de color rojo sobre el labio.

Los vasos de forma globular están presentes en el Valle del Guadalquivir en momentos prehistóricos por lo que se trata de una forma difundida con anterioridad a la colonización, si bien los encontramos igualmente en los repertorios cerámicos del Levante mediterráneo [62] y las factorías occidentales [63]. Sus límites cronológicos son muy amplios: se encuentran presentes en el Cerro Macareno a principios del siglo VII a.C. [64] y llegan hasta el cambio de Era en Cástulo [65].

Los recipientes bitroncocónicos y aquellos que presentan su máxima anchura en la base poseen una cronología más ajustada, en torno al siglo III a.C., y responden a una tradición cerámica muy concreta, como puede ser la meseteña en el segundo de los casos [66].

58 López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, n. 24, p. 13.

59 Blázquez, J. M.: *Op. cit.*, n. 21, Fig. 7:22.

60 Carrasco, J., Pastor, M. y Pachón, J. A.: «El cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979». *NAH* 13, 1982, p. 137.

61 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 549.

62 *Ibid.*, p. 385.

63 Blázquez, J. M.: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente.* Salamanca, 1968. Fig. 45.

64 Pellicer, M. y otros: *Op. cit.*, n. 11. Fig. 3:12.

65 Blázquez, J. M.: *Op. cit.*, n. 21, Figs. 142:3 y 165:7.

66 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, pp. 559-60.

Forma X. (Fig. 5)

Nuestra forma X está representada en Montemolín por un solo fragmento que conserva boca, cuello y hombros. Presenta borde exvasado, cuello corto y diferenciado del cuerpo mediante una moldura o baquetón localizado a la altura del hombro. Es imposible precisar con exactitud la forma del cuerpo, pero la inclinación de las paredes parece indicar un perfil de tendencia troncocónica más que una silueta globular.

La pasta es muy depurada de color anaranjado y la decoración es pintada en rojo sobre la superficie exterior —excepto en el baquetón que queda en reserva— y el borde tanto al interior como al exterior de éste.

El elemento que caracteriza la forma X es la presencia de una moldura a la altura del hombro. Su cronología es relativamente amplia, así como su dispersión geográfica. Está presente tanto en el Alto como el Bajo Guadalquivir, en unas fechas que van desde fines del siglo VI-principios del V a.C. en Carmona [67], hasta el siglo I a.C. en Itálica [68], aunque parece que es en el siglo III a.C. cuando se produjo con más intensidad [69]. En cuanto a la cronología del ejemplar de Montemolín, si efectivamente tuvo cuerpo de perfil troncocónico, debe situarse en torno al siglo III a.C. momento en que se generaliza este tipo de silueta [70].

El origen de la forma puede rastrearse en el repertorio cerámico fenicio oriental que toma las molduras por imitación de la vajilla metálica [71] así como en determinadas formas del momento orientalizante, como las llamadas urnas «tipo cruz del negro» [72]. Del mismo modo, la tradición alfarera indígena conoce esta clase de molduras al menos desde el Bronce Final.

Forma XI. Copas (Fig. 5)

Bajo el nombre genérico de «copa» se agrupa una serie de recipientes de características muy diferentes que tienen en común la presencia de un pie muy desarrollado y diferenciado netamente del resto del vaso mediante un estrangulamiento en la base del cuerpo. En Montemolín hemos documentado dos fragmentos de este tipo, correspondientes en ambos casos a la peana, sin que se conserve más que un pequeño fragmento del cuerpo en uno de los ejemplares. El color de la pasta es naranja en ambos casos y su calidad es buena. Un ejemplar presenta decoración de engobe rojo en la superficie exterior.

67 Carriazo, J. M. y Raddatz, K.: «Primicias de un corte estratigráfico en Carmona». *AH* 103-4, 1960, p. 24.

68 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, pp. 45-6.

69 *Idem.*

70 Escacena Carrasco, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 614.

71 Albright, W. F.: *Arqueología de Palestina.* Barcelona, 1962, p. 97; Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 615.

72 Aubet, M. E.: «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)». *Ampurias* 38-40, 1976-78, pp. 1 ss.

73 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 615.

El origen de la forma está, como es habitual en todos nuestros tipos, en el Mediterráneo Oriental desde donde se introducirían directamente en la Península [74] en el período orientalizante. La ausencia de copas en el Bronce Final andaluz hace imposible enlazar el tipo con las características copas argáricas [75].

Dado lo fragmentario de los testimonios procedentes de Montemolín, parece inútil tratar de asignarlos a una u otra variante de la forma.

Forma XII. (Fig. 5)

Corresponde a aquellos recipientes de forma globular u ovoide de cuello corto y poco diferenciado y borde exvasado que caracterizábamos en nuestra forma IX, a los que ahora se les añade asas, lo que justifica su agrupamiento en formas diferentes.

En Montemolín contamos con un fragmento que conserva boca, cuello y hombros. El asa arranca directamente del borde. La pasta es color crema y carece de decoración.

El origen del tipo parece estar en determinadas formas de la cerámica fenicia, presentes por primera vez en la Cruz del Negro [76] hacia el siglo VII a.C. Desde este momento asistimos a una evolución que recorre el período orientalizante enlazando con el ibérico en Galera y Villaricos [77] en los siglos VI y V a.C.; perdurando en los siglos III y II a.C. en la Tiñosa, Cerro Macareno y Alhonoz [78] y llegando hasta el siglo I a.C. en Itálica [79].

Forma XIII. Ánforas (Fig. 5)

En esta forma agrupamos los numerosos fragmentos de ánforas documentados en los estratos ibéricos de Montemolín. Su importancia, tanto desde el punto de vista arqueológico, sobre todo en el establecimiento de cronologías precisas, como desde una perspectiva histórica, puesto que testimonian determinadas producciones agrícolas y sus líneas de intercambio, ha sido señalada en más de una ocasión [80]. Con todo, y a pesar de que en los últimos años han visto la luz algunas publicaciones que han contribuido a

74 *Ibid.*, p. 327.

75 *Ibid.*, p. 323.

76 *Ibid.*, p. 403.

77 Almagro-Gorbea, M.: «Urna orientalizante en el Museo Arqueológico Nacional». XII CNA 1973, pp. 427 ss.; Blanco, A.: «Taros de cerámica ibérica andaluza (a propósito de los últimos hallazgos habidos en Cástulo)». *Oretania* 14-15, 1963, pp. 87 ss.

78 Belén, M. y Fernández Miranda, M.: «La Tiñosa (Lepe, Huelva)». *HA* IV, 1978, p. 235; Pellicer, M. y otros: *Op. cit.*, n. 11, Fig. 27:1861, 105:10; López Palomo, L. A.: *La cultura ibérica del valle medio del Genil.* Córdoba, 1979, Fig. 4:9.14:1-2.

79 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12, Lám. XVI:A, XVII:B, LXIII:E.

80 Pellicer, M.: «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)». *Habis* 9, 1978, p. 375; Florido Navarro, E.: «Ánforas prerromanas sudibéricas». *Habis* 15, 1984, p. 419.

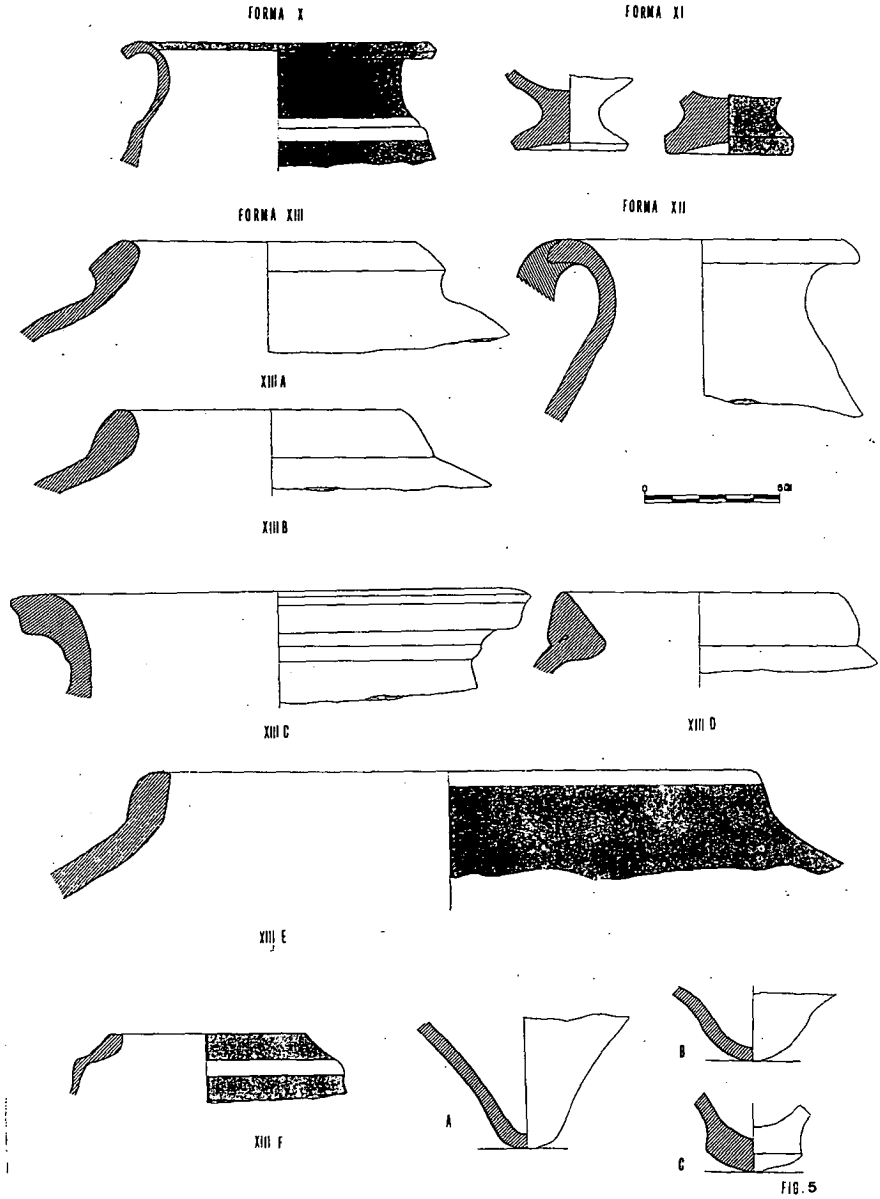

FORMA X
FORMA XI
FORMA XIII
FORMA XII
XIII A
XIII B
XIII C
XIII D
XIII E
XIII F
A
B
C
FIG. 5

FIG. 5

aclarar el panorama al respecto [81] nuestro conocimiento sobre las ánforas prerromanas del Mediterráneo central y occidental presenta numerosas lagunas. Desconocemos en la mayoría de los casos, a pesar de los recientes avances en este terreno [82] los lugares de fabricación de estos recipientes y los productos por ellas transportados, por lo que cualquier conclusión en el estado actual de nuestros conocimientos está condenada a ser provisional y meramente especulativa.

Podemos establecer, no obstante, una serie de subtipos para el material anfórico de Montemolín atendiendo no sólo al aspecto formal de los fragmentos conservados, sino también a la tradición alfarera que denotan.

— *Subtipo XIII A:* bordes de ánforas de tradición fenicia (Fig. 5: XIII A). Se trata de bordes de tendencia semicircular engrosados al exterior, que deben pertenecer a ánforas de cuerpo troncocónico o fusiforme. Están datados entre fines del siglo VI a.C. y principios del III a.C. [83]. Corresponden a las formas B-C 1 y 2 de Cerro Macareno [84], B1, 2 y 3 de Muñoz [85] y 268 de Cintas [86].

— *Subtipo XIII B:* bordes de ánforas turdetanas (Fig. 5: XIII B). Borde realzado de sección ovalada, con una cronología que abarca desde la mitad del siglo V a.C. al siglo II a.C. Deben pertenecer a ánforas de sección oval del tipo B-C 3 de Pellicer [87] y V de Florido Navarro [88].

— *Subtipo XIII C:* bordes de ánforas púnicas del Mediterráneo Central (Fig. 5: XIII C).
Pertenecientes a ánforas conocidas comúnmente como Mañá C1. Caracterizadas por su boca amplia y moldurada y su cuerpo ovalado. El principal centro productor parece situarse en Cartago, aunque no se descarta la presencia de talleres no necesariamente norteafricanos desde donde alcanzarían gran difusión sobre todo a partir de principios del siglo III a.C. [89]. Es el tipo H2 de Bartoloni [90], D3 de Muñoz [91], I de Pellicer [92] y XII de Florido Navarro [93].

81 Pellicer, M. y otros: *Op. cit.*, n. 11; Florido, E.: *Op. cit.*, n. 80; Muñoz, A.: «Las ánforas prerromanas de Cádiz (informe preliminar)». *AAA* 1985, Sevilla 1987 y Bartoloni, E.: *Le anfore fenicie e puniche di Serdegna.* Roma, 1988.

82 Frutos, G. de; Chic, G. y Berriatua, N.: «Las ánforas de la factoría prerromana de salazones de 'Las Redes', Puerto de Sta. María, Cádiz». *Actas del I Congreso de Historia Antigua.* Santiago de Compostela, 1986-1988.

83 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, p. 377.

84 *Ibid.*, Fig. 4-3.

85 Muñoz, A.: *Op. cit.*, n. 81, Fig. 5.

86 Cintas, P.: *Cerámique punique.* Tunis, 1950, p. 139.

87 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, Figs. 5-6 y 13.

88 Florido, C.: *Op. cit.*, n. 80, Fig. 1.

89 Bartoloni, P.: *Op. cit.*, n. 81, p. 69.

90 *Ibid.*, Fig. 16-7.

91 Muñoz, A.: *Op. cit.*, 81, p. 475, Fig. 6.

92 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, Fig. 13.

93 Florido, C.: *Op. cit.*, n. 80, Fig. 1.

— *Subtipo XIII D:* bordes de ánforas de tradición fenicia del «circuito del Estrecho» (Fig. 5: XIII D).
Denominada Mañá-Pascual A-4. Deriva del ánfora fenicia de saco y se caracteriza por su boca estrecha y un cuerpo bitroncocónico que alcanza su máximo desarrollo en la mitad inferior. Pascual Guasch [94] y Bartoloni [95] la consideran originaria del área del Estrecho, con una cronología que ocupa los siglos V-III a.C. La evolución del borde se hace hacia formas de tendencia circular características del siglo III a.C [96].

— *Subtipo XIII E;* bordes de recipientes de almacenamiento o *dolia* (Fig. 5: XIII E).
Por el gran tamaño de su boca —sobre 20 cms. de diámetro— y por el hecho de presentar decoración pintada habría que considerarlos mejor como *dolia* que como ánforas. Con bordes realzados de tendencia oval, en el Cerro Macareno son característicos del s. IV a.C. [97].

— *Subtipo XIII F:* bordes de anforiscos (Fig. 5: XIII F).
Probablemente de fabricación local, estas anforillas de reducido tamaño son imitaciones de ánforas fenicias de fondo de saco. Van decoradas en casi todos los casos con bandas rojas. López Palomo [98] considera los ejemplares de Alhonoz como recipientes destinados a contener agua con una capacidad de más de un litro.

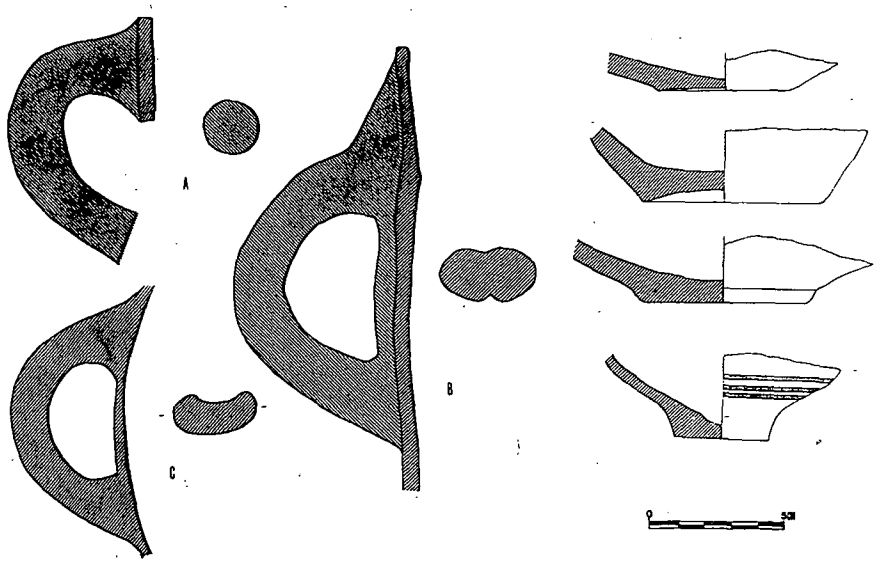
Asas de ánforas (Fig. 6)

Aparecen en número muy alto en los estratos ibéricos de Montemolín ya que se trata de un elemento muy resistente a la fragmentación por su estructura maciza. Hemos diferenciado tres tipos según la sección que presentan:

A. asas de sección circular simple.
B. asas de sección circular geminada.
C. asas de sección cóncavo-convexa, las más numerosas.

La cronología asignable a estos tipos es muy amplia (siglos VII-VI a.C.-III a.C.) si bien las de sección geminada no van más allá de la mitad del siglo V a.C. y las de corte cóncavo-convexo son más frecuentes a partir de los siglos IV-III a.C. y perduran hasta momentos iberorromanos [99].

94 Pascual, R.: «Un nuevo tipo de ánfora púnica». *RAE* 1969, pp. 119-120.
95 Bartoloni, P.: *Op. cit.*, n. 81, p. 59.
96 Florido, C.: *Op. cit.*, n. 80, p. 426.
97 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, Fig. 6:1954 (3).
98 López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, n. 28, p. 62.
99 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, p. 392.


A
B
C
0
5cm

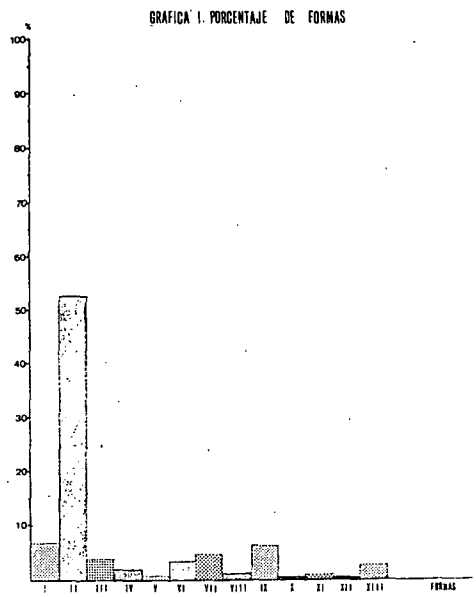

GRAFICA I. PORCENTAJE DE FORMAS
%
100
90
80
70
60
50
40
30
20
10
FORMAS

FIG. 6

FIG. 6

Pie o bases de ánforas (Fig. 5)

Hemos seguido la clasificación de Pellicer correspondiente al Cerro Macareno [100] por ser el único ensayo de sistematización de este elemento tan característico realizado hasta la fecha.

En Montemolín constatamos la existencia de tres clases de diferentes bases anfóricas sin que podamos asignarlas a ningún tipo concreto:

A. Base en forma de cono invertido cerrado, evolución del pie de cono invertido abierto de las fases protoibérica e ibérica inicial. Con el tiempo ésta cierra sus paredes y da lugar al tipo que ahora nos ocupa, característico del s. IV a.C. al menos en el Cerro Macareno [101].

B. Base semiesférica, presente en el Cerro Macareno desde el Ibérico Inicial (siglo V a.C.) hasta momentos iberorromanos (siglo II a.C.). De Montemolín proceden dos fragmentos que por su posición estratigráfica, deben situarse hacia el siglo III a.C. [102].

C. Base semiesférica estrangulada. Con un desarrollo cronológico corto, entre principios del siglo IV a.C. y finales del siglo III a.C. La gran mayoría de fragmentos de pie de ánfora de Montemolín pertenece a este tipo.

3. Conclusiones

Las sucesivas campañas de excavación llevadas a cabo en Montemolín han permitido documentar la presencia de un poblamiento continuado desde, al menos, el siglo IX hasta fines del siglo III a.C. [103], fecha en que el enclave fue abandonado o destruido como consecuencia de los acontecimientos bélicos que se desarrollaron en la zona [104]. El cerro colindante de Vico, que en época protohistórica parece formar parte del mismo conjunto urbano de Montemolín y cuyas dimensiones y altura son considerablemente menores a este último, continúa, sin embargo, su vida hasta época imperial [106]. Este hecho debe ser puesto quizás en relación con la política pacificadora y de reorganización del territorio llevada a cabo por la República en la provincia recién adquirida, política que indudablemente supuso la drástica reducción, tanto en extensión como en número de habitantes de las comunidades más hostiles a la dominación romana y que, a la vez,

100 *Ibid.*, pp. 395-97.
101 *Ibid.*, p. 395.
102 *Idem.*
103 Chaves, F. y de la Bandera, M. L.: *Op. cit.*, n. 2.
104 Corzo, R.: «La Segunda Guerra Púnica en la Bética». *Habis* 6, 1975, pp. 213-240.
105 Chaves, F. y de la Bandera, M. L.: *Op. cit.*, n. 1.
106 Chaves, F. y de la Bandera, M. L.: *Op. cit.*, n. 2.

aparece entre los factores que provocaron la rebelión del 197 a.C. uno de cuyos centros más activos estuvo precisamente en esta región [107].

Antes de este momento hemos de suponer que Montemolín, aún sin alcanzar las dimensiones que tuvo en el período orientalizante, ni presentar la vitalidad cultural de siglos anteriores [108], fue un centro de cierta importancia como parece demostrar la presencia en superficie de material cerámico ibérico en un área muy extensa [109]. Sin embargo, a partir del siglo V a.C. el sector central del yacimiento que albergó un importante conjunto de edificaciones en momentos anteriores, fue probablemente abandonado. Las estructuras identificables como ibéricas aparecen ahora al este de dicho sector.

En esta zona oriental pueden distinguirse dos áreas: una, al norte, de habitación con restos constructivos, y otra de saqueo, al sur de ésta. En la primera de dichas áreas se ha documentado la existencia de dos lienzos murarios que parecen definir una estructura rectangular, así como la zanja de saqueo de un tercer muro contiguo a los anteriores. Todo ello envuelto por un estrato de tierra compacta de color pardo, cuya potencia es de aproximadamente un metro desde la superficie.

El material correspondiente a este estrato está integrado por fragmentos de recipientes que responden a los tipos característicos en la vajilla de uso doméstico. Se trata de vasos de nuestras formas I, II, III, VII, VIII y IX. La ausencia de la forma XIII que en otros yacimientos aparece asociada a espacios de habitación [110], puede explicarse aquí por la escasa superficie excavada, apenas 32 m^2.

La zanja de saqueo contigua a los muros exhumados, contiene un relleno que arroja un material en todo similar al del estrato anteriormente descrito, lo que implica que el saqueo se realizó en el mismo momento de la construcción de los parámetros a él asociados, quizás con el objeto de obtener material para su factura.

La cronología de ambos niveles arqueológicos vendría definida por la presencia de la forma IIB, con un desarrollo temporal muy corto, entre fines del siglo IV y principios del siglo III a.C., y característica del Bajo Guadalquivir [110], así como de la forma VIII, que si bien se puede datar entre los siglos V-III a.C. parece que alcanzó su máxima expansión y desarrollo en el siglo III a.C.

La segunda área, localizada al sur de la anterior, muestra un nivel arqueológico asignable a época ibérica. Sobre el relleno estéril de tierra amarillento-verdoso que sirvió para regularizar el terreno, hay un potente

[107] Livio 33, 21, 6.

[108] Como se ha podido constatar en las prospecciones superficiales que se han realizado en la zona.

[109] Pellicer, M. y otros; *Op. cit.*, n. 11; Florido, C.: «Las ánforas del poblado orientalizante e ibero-púnico de El Carambolo». *Habis* 16, 1985, pp. 487-516.

[110] Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 14, p. 171.

estrato de tierra parda que corta el relleno anterior, busca los edificios de época orientalizante que aparecen desmontados, y buza en dirección noreste.

Este estrato define, pues, una zona de intenso saqueo que ha arrojado una gran cantidad de fragmentos cerámicos correspondientes a las trece formas de nuestra tipología. No se aprecia en ellos evolución tipológica clara, lo que, unido a la homogeneidad del estrato, hace pensar que se trata de un vertido realizado en un mismo momento. Su cronología viene determinada de nuevo por la aparición de las formas IIB y VIII. La datación que ofrecen los fragmentos pertenecientes a estos tipos viene ahora reforzada por la presencia de recipientes de las formas IIIB, datada entre los siglos III-II a.C. [111], así como de ánforas de la forma XIIIC difundida a partir de principios del siglo III a.C. [112].

En conjunto, el material cerámico ibérico de Montemolín ofrece una cronología que se sitúa en torno al siglo III a.C., esto es, en momentos inmediatamente anteriores al abandono del yacimiento, y se caracteriza por un absoluto predominio de las formas abiertas sobre las cerradas. Entre aquéllas, abundan los cuencos (forma II) (53,8 %), mientras que las ollas (forma IX), son los recipientes cerrados más numerosos (13,2 %). Las ánforas (forma XIII) apenas representan un 4,5 % del total. El resto de las formas está representado de forma desigual. Los platos (forma I), lucernas (forma III), vasos de cuello estrangulado (forma VI) y vasos de cuello acampanado (forma VII) se sitúan entre el 4,7 % y el 6,8 %, mientras que las urnas (forma IV), la forma X, las copas (forma XI) y la forma XII en pocos casos llegan al 1 % del total.

Más interesante que el estudio estadístico del material, nos parecen las consecuencias que se deducen de su análisis tipológico. En efecto, se trata en todos los casos de formas cuyo origen se puede rastrear en el sustrato indígena anterior al impacto colonial, en el mundo mediterráneo oriental o en ambos precedentes al mismo tiempo. Las consecuencias de tal afirmación son evidentes, puesto que definen la presencia de un repertorio cerámico característico, en cuyos rasgos morfológicos y decorativos no se aprecian influencias diferentes a las ya señaladas, como podrían ser la púnica o la griega, patentes sobre todo en el Levante y Sureste peninsular.

De todo ello se deduce la singularidad de las poblaciones del valle del Guadalquivir, al menos en lo que a la tradición alfarera se refiere. Ésta ofrece una evolución sin solución de continuidad de las formas y decoraciones precedentes. Tal impresión viene reforzada por el estudio del material anfórico. La mayoría de los fragmentos de ánforas, pertenece a tipos turdetanos, a menudo denominados iberopúnicos. Se trata de contenedores de

111 *Ibid.*, pp. 356-7.
112 Bartoloni, P.: *Op. cit.*, n. 80, p. 69.

fabricación local [113] herederos de las ánforas de saco fenicias. Escasean, sin embargo, las formas asignables a un centro de producción situado en el Mediterráneo Central, e incluso las procedentes del área del Estrecho.

A pesar de que el porcentaje de fragmentos de ánforas es muy bajo en relación con el conjunto, lo que aconseja tomar estos datos con cautela, parece que éstos reflejan una tendencia constatable en otros yacimientos del valle del Guadalquivir para la misma época [114].

Por otra parte, se hace necesario considerar el hecho de que en conceptos tan complejos como cultura o área cultural entran un buen número de factores además del «material cerámico», que las más de las veces son difícilmente documentables arqueológicamente. La existencia de una tradición alfarera diferenciada no implica siempre la de un mundo cultural autónomo [115] aunque evidentemente refleja líneas de contacto con el exterior que juegan un papel de primer orden en la definición cultural de las comunidades.

Otra conclusión que se desprende del análisis, tanto del material cerámico como de las estructuras pertenecientes a la fase V de Montemolín, es su concentración en un marco cronológico muy reducido, que se centra en torno al siglo III a.C. El material fechable con claridad en los siglos V-IV a.C. es escaso. Ello se puede explicar hasta el momento, por la concentración de los niveles correspondientes a esta fecha en la zona central del yacimiento, antiguo solar del conjunto de edificios orientalizantes; niveles que podían haber sido arrasados por las labores agrícolas que han supuesto el desmonte sistemático de muros y otras estructuras [116]. De cualquier forma la falta de estratos claramente fechables entre los siglos V-IV a.C. puede considerarse como un reflejo en Montemolín de la contracción poblacional constatada en algunos yacimientos del valle del Guadalquivir, como el Cerro Macareno y El Carambolo entre otros. En el primero, se documenta una reducción drástica en las importaciones de contenedores anfóricos, lo que supone una disminución de la actividad económica. En El Carambolo se aprecia también este fenómeno [117]. En Alhonoz (Herrera, Sevilla), situado en el valle del Genil se observa el mismo comportamiento [118].

Las posibles causas que pueden explicar tal fenómeno se han buscado tradicionalmente en una supuesta crisis de las estructuras políticas tartesias [119]. Recientemente se han alegado causas de índole climático [120].

113 Florido, C.: *Op. cit.*, n. 109, p. 513.

114 *Idem.*

115 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 9, pp. 273-4.

116 Se puede observar que en la ribera del Corbones se encuentra acumulada una gran cantidad de piedras extraídas de la zona superior del Cerro de Montemolín (vid. n. 10).

117 Pellicer, M.: *Op. cit.*, n. 80, p. 397; Florido Navarro, C.: *Op. cit.*, n. 109, p. 513.

118 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 9, pp. 275-9.

119 Bendala Galán, M. y Blázquez Pérez, J.: «Los orígene de la cultura ibéricas y un par de notas sobre su arte». *Actas de las Primeras Jornadas sobre Mundo Ibérico.* Jaén, 1985, p. 14.

120 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 9, p. 297.

Para nosotros, el fenómeno se enmarca en una compleja transformación de las estructuras socio-económicas que desembocará en formas de organización políticas y sociales propiamente urbanas en momentos inmediatamente anteriores a la conquista romana. Sólo en este sentido se puede hablar de crisis y no de decadencia.

En efecto, el final del proceso es una revitalización de las estructuras económicas de la región —reflejada también en las formas cerámicas—, con la aparición de nuevos enclaves como Itálica [121] y el resurgir de otros [122], así como la reactivación de los recursos mineros de Sierra Morena y agrícolas del valle del Guadalquivir, justificados en parte, por la presencia de los Bárquidas. Todo ello fragua en una compleja red de núcleos urbanos, vías de comunicación, fortificaciones, etc. [123] que hace posible la evolución hacia una verdadera civilización urbana truncada y acelerada, a la vez, por la conquista del territorio por la República romana.

121 Luzón, J. M.: *Op. cit.*, n. 12.
122 Escacena, J. L.: *Op. cit.*, n. 9, pp. 275-79.
123 Forteza, J. y Bernier, J.: *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*. Salamanca, 1970.